

LA FLECHA NEGRA

“En la tarde de una primavera tardía, las campanas de la fortaleza de Moat House resonaron a una hora insólita”.

“Cierta tarde, muy avanzada ya la primavera, oyóse en hora desusada el repicar de la campana del Castillo de la Mota¹”.

Durante un día entero me había entretenido eligiendo un libro en la biblioteca de la casa de campo de mis abuelos. En un mes había leído sólo tebeos, una montaña de tebeos viejos que cada verano repasaba del primero al último; en cambio, aquel día me desperté con el claro sentimiento de querer leer un libro. Hojeando con la mirada todos aquellos lomos de libros me había tropezado con títulos que, por razones misteriosas, habrían de obsesionarme durante toda la vida (horribles títulos como *Pequeño hombre, ¿y ahora, qué?, Esto es América, o la comedia humana, ¡Qué verde era mi valle!*), títulos extraños, unos me atemorizaban, otros me fascinaban; títulos y títulos que sumándose me atraían hacia una viscosidad impenetrable en torno a la cual mi estado de ánimo giraba irresoluto. Dudaba como si me estuviera jugando el futuro, y cuando elegí fue más por agotamiento que por convicción. O más bien se trataba de una coincidencia, que

atrayendo mi atención hacia tres libros, a la larga terminó por restringir mi indecisión solo a esos tres. Colocados en la biblioteca muy distantes entre sí, esos tres libros eran *La flecha de oro* de Conrad, *La flecha negra* de Stevenson y *Flecha blanca y otros relatos* de Cooper. Yo no sabía nada de estos escritores, con lo cual me concentré en la sugestión cromática. Al principio el grato recuerdo de *Colmillo Blanco* y *Corsario Negro*, me hizo excluir el oro; luego la fuerza de lo siniestro siguió su curso, y la oscuridad ganó (después de unas pocas páginas, al descubrir el episodio de la guerra entre la Rosa Blanca de York y la Rosa Roja de Lancaster, me complació haber podido fundir los tres colores en uno).

Por lo tanto, la elección postrera recayó en *La Flecha Negra*, que leí con alegría inmediata e inverecunda inmersión. Al terminar la lectura después de tres días, justo en el momento indefenso en que ocurre la ilusión fantástica, cuando volvemos del lujo a la necesidad de nuestras vidas, y apenas abandonada una plenitud de significados no hemos recuperado todavía otra (y, de hecho, nos parece que nunca más podremos recuperarla, pues tan rápidamente y a fondo habíamos sintonizado con esas dagas, esas criptas, esas aeronaves); entonces, en ese momento, mi abuelo me informó de que al día siguiente, a las siete de la tarde, vendría mi padre para quedarse unos días.

Por lo patético de esta historia, hay que saber que con el ogro de mi padre yo mantenía

¹ (N de T.) Esta traducción corresponde, con una pequeña variante (“casa” en lugar de “castillo”), a la edición española de *La Flecha Negra* de R. Stevenson, 4ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1968. Traductor José Méndez Herrera.

una relación equívoca, materializada en petrificantes terrores y en coágulos paralizantes de inmenso afecto implícito, de feroz antagonismo y, por tanto, de comercio con la culpa; y que pensar en él significaba probar una desesperada necesidad de aclaración y sumirse todavía más en la fosa de las cosas ambiguas: lo que significaba abandonarse, por unos momentos, soñar con una elocuencia que finalmente habría compensado años de penosa reticencia, y de nuevo tener la conciencia de estar condenado al silencio. Si se considera que mi padre nunca había venido antes a verme a aquella casa, invitado por aquellos suegros que yo sabía que le eran extraños, se entenderá por qué la noticia de su llegada, arrojándome en un sentimiento de angustia esperanzada, había aumentado horriblemente en mí la culpabilidad. Verlo llegar de buen humor acrecentó aún más ese sentimiento, que se elevó hasta la anonadación, cuando, poco después, me dijo que me había traído un "presente", como él llamaba a los regalos con distante pudor. ¡Un regalo! ¡En agosto! El hecho me consumía, angustioso, sin palabras: como si lo inexplicable de mi vida se agravara con esa evidencia de afecto. Me quedé pasmado, y mientras mi padre vaciaba la maleta, yo repasaba sin orden las imágenes de cosas absurdas que, con tal de corresponder, habría podido regalarle: el tallo de una flor de magnolia, un vaso lleno de chinás, el cuello de cartón de una camisa nueva que tenía en el armario, como si la conciencia de conferir a estos pobres entes un simbólico valor supremo debiera pacificarlo todo, y no fuese todavía, y siempre, un camino para el triunfo de la ambigüedad muda.

Me ofreció el obsequio desde el otro lado de su cama, era un libro. Mirándolo entre mis manos, quedé estupefacto. De golpe, anticipadamente, tuve la noción del dolor que me originaba. Era, parecía imposible pero era, *La flecha negra* de Stevenson. El primer pensamiento completo que conseguí formular fue que mi óptima

elección hacía cuatro días había sido, en realidad, una elección pésima: la peor de todas las elecciones posibles. Más pedante pero también más trágico, el segundo pensamiento reafirmaba que la equivocación de esa elección no era una consecuencia de la elección de mi padre, como percance acontecido, sino algo original y constitutivo (ni me sirvió de alivio averiguar, como hice tramposamente con preguntas cruzadas, que mi padre había comprado el libro aquel mismo día, en el kiosco de la Estación del Norte; porque mi turbación había ya dilatado el sentido de aquel regalo en una eterna atemporalidad).

Así que las cosas estaban de esta manera. Mi padre me pronunciaba su afecto con un gesto explícito, que al no coincidir con la Navidad ni mi cumpleaños, era extraordinario, hasta el punto de rozar la impudicia: un gesto que, por saber yo el inconveniente de haber tenido que llevarlo en peso, más generoso me parecía. Ahora bien, aquel gesto tenía por objeto un libro, que como tal no sólo tenía un coste (idea insoportable, que alimentaba otra culpabilidad, la de que alguien gastase dinero -elpreciado *dinero*- en mí), sino también un valor utópico implícito, relacionado con el presagio hedonístico-pedagógico de que yo, el destinatario, le sacase gusto y con el gusto un enriquecimiento de mi don de humanidad. Me imaginé a mi padre, delante del kiosco, preguntándose si aquel libro me gustaría, y el pensamiento de su amorosa ignorancia (¿le gustará?, ¿será adecuado para él?) fue puro dolor. Claro que me habría gustado, más allá de cualquier esperanza tuya: pero yo lo había estropeado todo, porque *acababa de leer* aquel libro; que ya no podría gustarme, no porque no pudiera volver a leerlo, sino porque una relectura, además de distanciarse en el tiempo, debe nacer de un deseo y no, como sería ahora mi caso, de la angustiada voluntad de engañar al que da y al que recibe, como si los hechos hubiesen ocurrido de otra manera, como si de entre todos los libros de toda la literatura de todos los tiempos y de todos

los países, no hubiese escogido dos veces el mismo libro. Por lo tanto, si te has encomendado a palabras escritas que ya he pronunciado en tu ausencia, entonces tu afecto ya no puede alcanzarme, porque una estupidez mía, o mi desdicha, me mantiene lejos. Y además tenía aquella mirada, aquella mirada dulce, sin condiciones, vibrante, de una casi imperceptible satisfacción implícita, con la que mi padre había acompañado la oferta del libro: mirada que ya de por sí solía angustiarme, y que en aquel momento crucial y después, en la memoria perseguida, se hizo insostenible por mi delito. Porque, al callarme enseguida, me había condenado a callar para siempre. Al habérselo agradecido con un entusiasmo artificial, y haber simulado impaciencia por comenzar a leer, ¿cómo habría encontrado el coraje de decirle, después, la verdad?. Cada momento que dejaba pasar después de la horrible revelación, extendía desiertos de mentira; y cuando, esa misma noche, cada uno con su lamparilla a cada lado de la cama, nos pusimos a leer, mi padre un volumen de la Universal Científica Boringhieri² y yo aquella novela maldita fingiendo seguir con la mirada las palabras impresas, en ese momento, en esa cama, en esa posición, sentí con claridad que la pérdida de la verdad, y por tanto de la honestidad de nuestra relación, se había hecho irreversible. Y cuanto más corrían los minutos de aquella noche tremenda, más se fijaba mi mirada obtusa en la abstracción tipográfica, por miedo de posarla sobre la silueta caravagguesa de mi padre. Y sin embargo, también en eso fui capaz: de calcular mentalmente lapsos de tiempo razonables, tras los que pasaba las páginas, perfeccionando a la vez que mi engaño, mi mal. Y cuando, en el momento de apagar las luces, mi padre me preguntaba: “¿Entonces, te gusta?” Recuerdo que dudaba si responder “sí” o responder “mucho”, sin poder decidir inmediatamente en qué caso sería menos falso; y si elegía al final un blando “sí”, me

atormentaba la duda de sí, con esa demora, le hubiese dado la impresión de que el libro me estaba dejando perplejo y de que sólo contestaba por educación.

En los días siguientes seguí fingiendo, con una aflicción añadida, debido a la necesidad de esconderle la lectura a mi abuelo, por temor a que me viese con otra edición del mismo libro en las manos e hiciese comentarios inoportunos delante de mi padre. Otra edición... Ahí había una posibilidad de salvación en la cual la crueldad del destino no me hizo caer en la cuenta hasta después de que mi padre volviera a la ciudad. Recuerdo que estaba de pie debajo de una pérgola de uva, devorado por un sentimiento atroz de incumplimiento, como si su marcha - ocurría siempre así con todas las personas a las que quería- fuese ya su muerte, y nada pudiera cambiar nunca lo no hecho, para siempre no hecho y lo no dicho, para siempre no dicho. Muy pocos días habían bastado para que esos antiquísimos lugares se hubiesen llenado con su imagen, la cual, ahora que él se había ido, se había convertido en una sombra que los oscurecía, que los declaraba lugares incompletos, incumplidos también. Y siempre aquella idea obsesiva: todos los libros de todas las literaturas... Corrí furibundo a la biblioteca para intentar limitar aquel vértigo infinito; en el fondo, yo no había tenido a mi disposición la Biblioteca Universal, por muchos que pudieran ser los libros del abuelo, constituían una parte mínima del repertorio de libros posible. Llegué allí jadeante, conté los volúmenes de un estante y los multipliqué por el número de estantes, podían ser un millar, así que la burla había seguido la media de una fatalidad entre mil; o no, quizá había que calcular también el quiosco de la estación, si mal no recuerdo podía tener a la vista unos cincuenta libros, así que cruzando los dos cálculos había una posibilidad entre cincuenta mil de que... No, entrar en esos cálculos no había sido una buena idea, cincuenta mil era algo más difícil de imaginar que el infinito...

² (N de T) Prestigiosa Enciclopedia sobre avances científicos nacida en 1965.

Luego, de repente (debió ser una astucia de la desesperación), me volvió a la cabeza aquel concepto tan simple pero también un tanto complejo: *otra* edición. Venciendo la instintiva repulsión, fui a coger *La Flecha negra* donde la había dejado tras la lectura, y con aquel libro bajé a mi habitación. Allí, sobre la mesita de noche, estaba la otra *Flecha negra*, la de mi padre. Puse los dos volúmenes en mi cama, uno al lado del otro, y los observé atentamente. Eran del mismo formato, ambos en rústica: pero el primero tenía la cubierta oscura y el segundo brillante, y en la brillante, sólo en la brillante, había una fotografía a color de una carroza tirada por dos caballos, que tenía toda la pinta de haber salido de una película. Me acordaba de que en el interior del primer libro estaba impresa la indicación

Milán, Madella, 1924

Abrí el segundo libro, y encontré en una esquina

1965 – Ediciones del Árbol – Turín

Y en otra esquina, sin entender lo que quería decir, leí

Editado por Alberto Mittone

¿Qué podía saber de ediciones a los nueve años? Sin embargo, intuía que aquel detalle no debía descuidarse. Si las dos ediciones eran realmente distintas, debían serlo en todo. Busqué en el primer libro y encontré

Traducción de Gigliola Olivero

Traducción fue una palabra que me hizo reflexionar. Ese Stevenson no tenía apellido italia-

no, por lo que su novela tuvo que ser escrita en otra lengua, así que lo que yo había leído... Bombillas de alegría se encendieron en mi mente. Me adentré con una veleidad consciente en una búsqueda de discordancias exteriores que pudieran de alguna forma ilusionarme por la incompleta coincidencia entre los dos libros, y ahora además encontraba una clave que me prometía abrir entre ellos una... una distancia, ya que bastaba que incluso una palabra fuese distinta de una traducción a otra, para que la íntima sustancia de los dos libros no fuese ya equivalente: entonces yo habría podido volver a leer *La Flecha negra* como si fuera una nueva historia, y la injusticia cósmica que tanto me estaba haciendo sufrir sería rectificada.

En el libro que me había traído mi padre no aparecía el nombre del traductor, por lo tanto, debía tratarse del propio Mittone, o de algún otro que había trabajado para él. Fuera quien fuese, sentía hacia él una inmensa gratitud, pero... ¿y si era solamente una traducción copiada de la que hizo la señora Olivero? Esta posibilidad me heló la sangre. Como consecuencia, salí corriendo de la habitación sin tener el valor de comprobarlo. Volví después de cenar, con la resolución de un loco. Sentado en la cama, con la cabeza apoyada en la barandilla del cabezal de la cama, me puse los libros sobre las piernas, a la izquierda el de Madella y a la derecha el de Del Albero. No podía respirar. Los abrí a la vez por la página 5, donde en ambos -coincidencia desalentadora- empezaba la narración. Ahora se habría decidido todo. En el de la izquierda leí *En la tarde*, en el de la derecha *Cierta tarde*. Estaba salvado. *Cierta tarde* no era *la tarde*, es como decir un día, cierto día, mientras que la tarde significa la tarde y no la mañana, la tarde y no la noche. El libro de mi padre se presentaba más vago; pero súbitamente después, casi para compensar, las cosas cambiaron: *de una primavera* indicaba una entre las muchas primaveras de la Edad Media, mientras que *de primavera* quería

excluir las demás estaciones; en el primer caso se trataba de una estación entre muchísimas (¿cuánto había durado la Edad Media? Años, años y años, quizás siglos), en el segundo se trataba de una estación entre cuatro: en uno el tiempo era cronológico, en el otro un tiempo meteorológico (este descubrimiento me gustó tanto que moviendo la cabeza de izquierda a derecha recité como un demente: «Crono-Meteo-Crono-Meteo-Crono-Meteo»). Sí, eran ya mundos distintos. Mientras que la primavera de la izquierda era *tardía*, adjetivo que encogía el corazón, la de la derecha, de forma más escueta, era *muy avanzada*: esto también podía querer decir, independientemente del tono, que según la señora Olivero la historia comenzaba en los últimos días de mayo o incluso a principios de junio, mientras que volviendo al otro traductor, debía retroceder al menos hasta la mitad de abril. Aquí me asaltó la duda de si sería justo insistir en la pedantería del calendario o me convenía buscar alguna cosa más profunda, algo que había rozado sin valorarlo como merecía. Recorrí de nuevo los últimos recodos de mi pensamiento, y entendí que debía trabajar más con ese vuelco de mi corazón. Establecí de este modo que «tardía», evocando algo como moroso o retardado, era el adjetivo de la añoranza, y que «avanzada», sugiriendo la idea de superar el punto medio, era el adjetivo de la plenitud: donde en un caso, bajando la primera entonación por cada rama de la narración, había una historia melancólica, y en el otro una historia de aventuras. Y codiciosamente insistiendo: en una los personajes eran pensativos y replegados en sí mismos (aunque para ser sincero no lo recordaba así); y en la otra eran robustos combatientes, en una contraposición que ahora no perdonaba ni siquiera la fisonomía de los traductores: pálida y gentil la señora, mejor dicho, la señorita Olivero; vigoroso y sanguíneo el señor Alberto Mittone, y también un poco bestia (traducía y bebía de una enorme jarra, traducía y blasfemaba, traducía y daba puñetazos en la mesa). Sin embar-

go la gentil señorita había empleado a continuación una palabra como *fortaleza*

En la tarde de una primavera tardía las campanas de la fortaleza de Moat House

sin duda alguna, más dura y guerrera que la palabra de Mittone *castillo*

Cierta tarde, muy avanzada ya la primavera, oyóse en hora desusada el repicar de la campana del Castillo de la Mota

Un castillo -me parecía a mí- es un lugar de guerra claro, pero también de torneos, bailes, cenas; mientras que en una fortaleza no hay alojadas más que armas: razón por la cual ésta será vertical, con torres y pináculos; mientras que el otro será amplio y horizontal, con diversos patios y con pórticos en el interior (como muestra ejemplarmente el Castillo de los Sforza en Milán); la primera encajada en la roca de una peña inaccesible, el otro posado en la llanura o en una colina; color antracita la fortaleza, ocre-rojizo el castillo. Con una seguridad conquistada por estos triunfos, abandoné aquella presa, aun sabiendo que habría podido roerla más a fondo, para continuar adelante.

En la tarde de una primavera tardía, las campanas de la fortaleza de Moat House resonaron a una hora insólita

Cierta tarde, muy avanzada ya la primavera, oyóse en hora desusada el repicar de la campana del Castillo de la Mota.

Entonces, según el libro del 1924 hubo un campaneado duradero, insistente; según el de 1965, un tañido de campanas aislado: señales, una más triste y otra más vehemente, que podrí-

an proceder de un fraile en apuros y de un avaro gendarme, significando en un caso una llamada de socorro del monasterio asaltado, y en el otro el anuncio de una ejecución pública. O bien, *resonaron* indicaba más la continuidad del sonido que una repetición, un atronante resonar. Como si la acentuación más que en la sonoridad original, recayese sobre la impresión que ésta suscitaba en los oyentes, con un efecto final seguramente más alarmante: aunque luego tuve que admitir que, al ser más seco, *repicar* era quizá un verbo más dramático. De todos modos, en ambas traducciones, la frase seguía y concluía con un rastro de misterio:

En la tarde de una primavera tardía, las campanas de la fortaleza de Moat House resonaron a una hora insólita

Cierta tarde, muy avanzada ya la primavera, oyóse en hora desusada el repicar de la campana del Castillo de la Mota.

Con respecto a la hora normal (también misteriosa), me preguntaba si era más lejana la hora *insólita* o la *desusada*, llegando a la conclusión de que, aunque el primer adjetivo era más elegante y más preciso, y por eso más bonito; el segundo abría una perspectiva más fantástica, al poder ser la hora desusada incluso la hora veinticinco, la hora de otra dimensión, una no-hora.

¡Una no-hora! ¡Y sólo en el libro de mi padre! Pero yo sabía que el objetivo de aquella comparación no era establecer la superioridad de un libro sobre otro (ahora que la primera frase estaba terminada, podía afirmar en todo caso lo contrario), sino su diversidad como algo completamente nuevo y original, cualquiera fuese la legibilidad del segundo. Sólo de esta manera el regalo de mi padre habría sido acogido como se merecía, sólo así, con una lectura apasionada, mejor aún, con una lectura *satisfecha*, hubiera

correspondido a las expectativas. Y esa diversidad la había logrado yo, como premio por habérmela imaginado. Por cautela me propuse ampliar la comparación a toda la primera página, un deber al que dediqué la mañana siguiente; luego, ya convencido, dejé la edición Madella en la biblioteca y leí solo la edición Del Árbol. Leí como si fuera la primera vez, con el ansia de quien espera un adjetivo y no sabe cuál será, con el enajenamiento de quien se tropieza de noche con un adverbio emplumado, con la ventaja de quien reconoce los escudos heráldicos de un punto y coma, la armadura de una cursiva, la librea de un condicional. Y adentrándome en la novela, sentía que estaba enviando a mi padre embajadas de afecto, como aquel caballero que al término de cada día de viaje, enviaba un mensajero a su rey, y tantas jornadas se alejaba cuanto aumentaba el número de mensajeros. Pocas páginas antes de llegar al final pensé en llamarlo, con un pretexto cualquiera, para decirle que el libro me había gustado cada vez más, que quizá de momento no se lo había agradecido bastante, que tenía incluso una no-hora, que la Mota era un castillo, que quería saber si él lo había leído también y por eso lo escogió... Hubiera querido decirle todas estas cosas y muchas otras, pero no le dije nada.

MICHELE MARI

(Traducción de Sebastián Cervantes, Laura Martínez, Marina Ortuño, Ekaterina Troughkova, Patricia Vives. Segundo Curso de Traducción e Interpretación de la Universidad de Murcia, 2009. Coordinados por Belén Hernández)